

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente á esta administración en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Publicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

El primer año de matrimonio, por Ángela Grassi.—

El Mendigo.— Por Enriqueta Lozano de Vilchez.—

Hay mas allá, —novela por Enriqueta Lozano de Vilchez.

Correspondencia.

EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO

CARTAS Á JULIA.

Continuacion.

XXXIX.

Susana tiene un capitalito, puede retirarse, y no obstante nos sirve, y nos servirá hasta el último suspiro; pero sin embargo, la idea de que posee algo suyo, presta dignidad á su carácter, y hace que sus servicios no sean serviles ni mercenarios.

Los criados indudablemente han caído muy bajo; pero nuestra poca caridad, nuestra poca tolerancia, los han precipitado en el abismo; justo es que les tendamos una mano generosa, para que puedan volver á salir otra vez á la superficie.

Ha sucedido con ellos como con los esclavos de América; el abuso ha producido la rebelion y han pasado los blancos á cuchillo.

Los criados hoy son desobedientes y proceden mal con sus amos, Enriqueta, porque están abyectos, desgraciados, pervertidos; mostrémoslos humanos con ellos, realcemos su espíritu abatido, démosles condiciones de vida, y quizás, quizás á aquellos antiguos, fieles y cariñosos servidores que tanto echamos de menos á mecer nuestros hijos.

XLIV.

Paula ha muerto: no puedes figurarte la dolorosa impresion que su muerte ha producido en el Pico Verde.

Fuimos á verla así que supimos su estado, y llegamos á tiempo de recoger su último suspiro.

Alrededor de su cama no se hallaban mas que don Calisto, Clara y dos mujeres; pero fuera estaban todos aquellos pobres habitan-

tes, agolpados á la puerta, atentos al menor movimiento de la enferma, como si sus vidas dependiesen de su vida.

—¡Aun respira! decían de vez en cuando los que estaban más cerca á los más distantes, ¡aun vive!

Y todos alzaban las manos al cielo con ademán de un júbilo infinito.

Cuando entramos nos conoció al momento.

Su rostro, aunque cadavérico, no había perdido nada de su espresion riente y bondadosa.

—¡Me voy! nos dijo señalándonos el cielo.

Luego al cabo de un instante repuso:

—¡Qué lástima! ¡ahora que tenía tan buena cama!

—¡Mejor la tendrás en el cielo! repuso la abuela dulcemente.

Paula pareció reflexionar.

—¡Hasta mañana! balbuceó luego, y haciendo un esfuerzo para volverse del otro lado, quedó inmóvil.

¡Parecía que dormía!... ¡estaba muerta!

Cuando nos convencimos de esta verdad, prorrumpimos en sollozos, y durante mucho tiempo no se oyó en torno de su lecho, más que un tristísimo concierto de ayes y lamentos.

Velamos su cadáver toda la noche, y no nos marchamos del Pino Verde hasta dejarlo depositado en la misma hoyo en donde dormían el sueño eterno sus hijos y su marido.

En aquella tierra recientemente removida, don Calisto plantó un sauce.

—Nadie de su familia la sobrevive en la tierra, dijo al finalizar su corto, aunque elocuente discurso; pero quedará este árbol en memoria suya, y como ella protegió y amparó en su seno á los huérfanos y á los afligidos, él protegerá con su sombra bienhechora á cuantos vengan aquí á llorar por sus amados difuntos...

Así continuará su obra piadosa, aun después de muerta, y cuando traigais aquí á vuestros hijos, enseñarles á bendecir su nombre y á rezar sobre su tumba!...

—Nos llevamos á Clara, cuyo desconsuelo era imponderable, y á mi cabrita.

¡Pobre linda! ¡Lo creerías! Me conoció así que llegué al Pico Verde; pero como si comprendiera la solemnidad de aquella escena, no me demostró su alegría mas que con mudas caricias, y ¿me atreveré á decirlo? con lágrimas de ternura.

Ahora se quedará en casa, pero como ha perdido sus costumbres de otro tiempo, la dejaré con el rebaño, y ella será la madre y la abuela de mis futuras cabritas.

Clara me daba lástima: no exhalaba su dolor con gritos ni con sollozos; pero la palidez de su rostro y su abatimiento me demostraban que no por ser reconcentrado, dejaba de ser mas profundo.

—Ya tenemos lo que buscamos, le dijo á la abuela con la alegría y el orgullo de Arquimedes cuando encontró la solución de su problema. Ayer no quiso usted admitir á la última doncella que se presentó, por su aire decidido, y porque se jactaba con énfasis de saber hacerlo todo; tomemos á Clara que no sabe nada, y se amoldará á nuestras costumbres.

La abuela se sonrió.

—En efecto, dijo, no hay nada más desagradable que esas sirvientas engreidas de su propio mérito, que todo lo quieren gobernar y disponer á su antojo, que se burlan con descaro de nuestra torpeza real ó verdadera, si intentamos enseñarlas alguna cosa, y responden con insolente desden á nuestras observaciones.

Una tuve yo que me servia con exactitud, que adivinaba hasta mis pensamientos, que jamás cometía la mas leve falta; pero en cambio me era imposible mandarla la cosa mas pequeña sin promover una quimera.

Poco á poco se habia ido apoderando del mando, de tal modo, que yo no tenía voz ni voto en mi propia casa, y cuanto mas necesaria se reconocia, mas creces tomaba su jactancia y su soberbia.

Tuve fuerzas para sacudir el yugo y echarla á la calle, y desde entonces, cuando se me presenta alguna «que todo lo sabe,» la aparto de mí como á la estampa de Lucifer; porque si es triste sufrir sus torpezas, es muy

horrible luchar con una persona inferior que quiere abrogarse nuestros derechos, y cuando menos partir el mando con nosotros.

Y es casi indispensable que suceda de este modo.

Si el convencimiento de nuestro propio mérito nos ciega á los que tenemos educacion y algun talento, ¿qué será con una pobre muchacha, que carece de ambas cosas? Además, hay en nuestra naturaleza una tendencia invencible á la dominacion y al mando, y esta crece siempre á medida de nuestra capacidad.

Una doncella así, podrá convenir á aquellas amas de casa que no se cuidan de sus asuntos domésticos, pero para mí que me gusta ocuparme de ellos, los cinco años que la tuve, fueron cinco años de tortura.

Otra cosa que me disgustó en la que vino ayer, es que estaba vestida como nosotras, y eso no me habla mucho en favor de su talento ni de su virtud. Dejando aparte otras gravísimas consideraciones, la doncella que lleva mangas blancas no quiere echar mano á nada para no ajarlas.

Si ninguna ama las recibiera cuando se presentan vestidas de ese modo, ellas tendrían que cambiar de traje, ó de modo de vivir.

Pero dicen que en el justo medio se halla la virtud: entre una que todo lo sabe, y otra que no sabe nada, hay una distancia inmensa.

Tu no calculas cuán ingrata y enojosa tarea es enseñar á una criada nueva, y por lo tanto torpe y encogida.

Será preciso que la digas diez veces, veinte veces el modo como ha de hacer una misma cosa, y esto con paciencia, con dulzura, y al mismo tiempo con severidad; es decir, sin desconcertarla con duras recriminaciones, ni engreirla con elogios prematuros.

Sobre esto será preciso que refrenes la viveza de tu genio, y que te limites á enseñarla como debe hacer las cosas, nunca jamás hacerlas por tí misma. El ama que ejecuta en vez de mandar, está irremisiblemente perdida, porque también es una tendencia natural en nosotros la holgazanería, y si ve que amparada con su ignorancia puede escusarse

algun trabajo, no te será ya posible hacer que se ocupe de lo que quieras enseñarla.

Y no creas que es cosa de un día, acostumbrarlas á la limpieza, no aparente sino real, que tú querrás que reine en tu casa; á la simetría con que deben estar colocados los muebles de un aposento, porque el sentimiento de lo bello tarda mucho en desarrollarse, y el servicio de la mesa, tanto más difícil cuanto debe hacerse con extrema exactitud...

Continuará.

Angela Grassi.

El mendigo.

Solo y de harapos cubierto,
sin abrigo y despreciado,
se arrastra un ser desgraciado
de su negra suerte en pos;
mil veces en su camino
estiendo su débil mano,
y demanda de su hermano
una limosna por Dios.

Desnudo el pié pisa el suelo
áspero y húmedo, y frio,
y el soplo del viento impío
hiela su amarilla sien:
la lluvia cae á torrentes
sobre su cuerpo desnudo,
y el eco del viento rudo
hiere su oído también.

No encuentra una mano amiga
que le anime y le sostenga,
y á darle un consuelo venga
ó una lágrima de amor:
solo está como la noche;
triste y sombrío cual ella;
nadie escucha la querrela
de su infinito dolor.

Tal vez sus hijos le esperan
solos, hambrientos, helados:
pobres seres desgraciados
que su mano tenderán,
hacia el padre desvalido
que tanto los ama y tanto,
derramando acerbo llanto
por un pedazo de pan,

Tal vez una esposa triste,
que fué bella, y que es amada,
su vuelta aguarda á la entrada
de su misera mansión:
¿qué le dirá cuando llegue
y contemple tristemente
su yerta y pálida frente
desgarrado el corazón?

¿Que responderá el cuitado
á los hijos de su alma,
si de la noche en la calma
los mira acaso llorar?
¿que hará cuando sienta helarse
aquellos seres queridos,
y si los vé desvalidos
en sus brazos espirar?

Ya en valde llegó á la puerta
de los ricos y señores,
y un consuelo á sus dolores
vanamente demandó:
ni los restos de su mesa,
ni su deshecho vestido,
dar el culpable ha querido
al que por Dios le pidió.

Mas ¡ay! ¿qué importa que el mundo
le niegue avaro un consuelo,
si el mismo Dios desde el cielo
su dolor bendecirá:

si á esos ángeles, que acaso
vé morir en su delirio,
la corona del martirio
bondadoso ceñirá?

Y si el Ángel de su guarda
coronado de záfiro,
vá contando los suspiros
que el triste exala en su mal:
y las lágrimas amargas
que derrama en sus dolores
las convierte en blancas flores
de hermosura celestial;

Para formar la diadema
que el Señor Omnipotente
ha de ceñir á su frente
en otro mundo mejor:
de otro mundo en que le guarda,
en su infinita ternura,
mares de inmensa ventura
por un día de dolor.

De otro mundo donde el débil
se vé fuerte y enalzado,
y es el soberbio humillado
por la mano del Señor:
dó la riqueza consiste
en virtudes é inocencia,
al llegar á la presencia
del Supremo Creador.

¡Oh! ¿qué importan los azares
que á su triste vida envía,
si es eterna la alegría
y pasajero el pesar?
Si ha dicho el Dios, que en su mano
la dicha y la paz encierra,
¡felices los que á la tierra
vinieron para llorar!

Enriqueta Lozano de Vilchez.

¡HAY MAS ALLA!

NOVELA ORIGINAL

DE

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(Continuacion.)

El marqués se sintió humillado, su conciencia le acusaba severamente.

El padre Antonio que no quería perder un instante, cuando de su diligencia dependía el llevar la esperanza á un corazón, emprendió el camino de la casa de Adrianesi y con más lijereza de la que á sus años se podía esperar, se halló en poco tiempo en presencia de Agustín y Lucía cuya ansiedad, iba en aumento á medida que trascurrian las horas.

El semblante de Agustín estaba desencajado y cadavérico, el de la ciega tenía la palidez de la muerte.

—Y bien, dijo cuando sintió los pasos del sacerdote, reconociéndole en medio de la oscuridad que siempre la rodeaba. Y bien, padre mio, ha visto V. á nuestra Nina, consienta el medico que nos presente á ella?

—Ciertamente que sí, respondió el pobre anciano, un poco turbado y sin atreverse á explicar el sitio y la casa en donde Nina se encontraba. Ciertamente que sí, y vengo por vosotros para que me sigáis y la deis un abrazo.

El rostro del antiguo mendigo se coloreó con una súbita llamarada de alegría, y la ciega lanzó una exclamación de gozo.

—Vamos, vamos, murmuraron los dos casi simultáneamente.

—Sí, vamos, repitió el sacerdote maquinalmente y sin moverse de su sitio.

Lucía con su esquisito tacto buscó un pequeño pañuelo en que tenía envuelto dos ó tres prendas de vestir, única cosa que habían traído.

—Ya estoy lista, dijo. nada dejamos aquí.

—Y para qué es eso? exclamó el sacerdote, ¿para qué es eso si en breve tenemos que volver?

—¿Cómo? preguntó admirada Lucía, pues qué no vamos á quedarnos donde ella está?

—No se vá á venir con nosotros? dijo á su vez Agustín.

—No, hijos míos, Nina no puede por ahora emprender viaje alguno, respondió el padre Antonio.

—Entonces, permaneceremos nosotros á su lado hasta que esté buena enteramente.

—Eso es difícil, muy difícil; balbuceó el sacerdote.

—Y por qué? preguntó con impaciencia Agustín.

—Por que... por que... respondió el pobre cura muy apurado; por que Nina está en casa de un señor..... un señor.... Ya sabeis que se puso mala cantando en casa de un título... de un marqués, y como no la han podido mover de allí, por que peligrosaba su vida....

—Y será tan cruel que nos arroje de su casa? exclamó Lucía con dolor.

—No... es decir...

—Entonces podemos traernos á mi hija aquí; se toma un carruaje, y supuesto que está mejor, se la conduce en poco tiempo.

—Oh! el marqués no lo consentirá nunca; se apresuró á decir el padre Antonio.

—Que no lo consentirá? y que derecho tiene...?

—Toma, exclamó el sencillo anciano no pudiendo fingir ya más: el derecho que le dan Dios y la naturaleza, que le ha hecho abuelo de la niña.

—Luego está en casa del marqués del Prado? preguntó Agustín con afán.

—Sí, eso es: no lo sabías acaso?

El anciano mendigo dobló la cabeza sobre el pecho y murmuró con una voz en que vibraban al par el sentimiento y el enojo.

—Oh! me han engañado; me han engañado!

—¿Cómo!

—Qué dice V. padre mio? preguntó Lucía con afán.

—Que ese maestro, ese protector fingido, solo quería traerla á Madrid para entregársela á....

—Te engañas, Agustín, te engañas, yo te lo aseguro en nombre de Dios, y ya sabes que yo no miento.

—Entonces...

—Solo la casualidad, solo la providencia ha conducido á Nina al lugar donde está, y á donde vas á venir ahora.

—Yo! pisar yo el palacio del que engañó á mi Ana, del que la hizo tan desgraciada!

—Ese hombre ha muerto, ya lo sabes, y Dios se habrá encargado de juzgarle. Además, ya sabes que quiso remediar el mal que había hecho.

—Sí, mas su padre no cumplió su voluntad, y solo intentó separarme de Nina.

—Ya sabes tambien que ella rechazó su oferta, y que permaneció á tu lado, hijo mio.

Agustín, á pesar de todo, manifestaba una repugnancia invencible á pisar la morada del marqués hacia el cual sentía un odio y un resentimiento tan antiguo como profundo.

Sin embargo dejar de ir á aquella casa, era privar se de ver á Nina era hacer inútil aquel viaje, era renunciar al afán más grande de su alma.

Lucía, en cuyo corazón no tenían cabida el rencor ni el aborrecimiento, Lucía que era toda bondad é indulgencia y ternura, escuchaba á su padre con una atención estremada, y pronta á protestar contra todo lo que la impidiese ver á la niña adorada á quien tanto amaba, por quien tanto había sufrido.

Con ademán suplicante se dirigió al padre Antonio, implorando su ayuda para vencer la oposición del anciano Agustín.

Este amaba demasiado á Nina, para no olvidar por este amor todos los demás sentimientos que se agitaban en su pecho, y así fué que cedió al fin, y aunque ceñudo y grave y austero, dió el brazo á la pobre ciega y ambos, precedidos del sacerdote se encaminaron al palacio del marqués.

Al pisar sus dinteles, Agustín se detuvo, enjugó el sudor que corría por su frente, y pidió á Dios que apartase los pensamientos que se agolpaban á ella.

Oh! la memoria de la infeliz Ana aparecía más viva y más fuertemente en su imaginación.

Lucía que sentía temblar sobre su brazo la mano de su padre, pronunció con voz dulce el nombre de Nina, y á este nombre todo recuerdo doloroso desapareció como por encanto de la mente del anciano, pensando ya solo en que iba á ver á su nieta, á quien hacía tanto tiempo que no había estrechado contra su corazón.

Guiados por el sacerdote atravesaron el vestibulo lleno de criados y lacayos, subieron las escaleras y después de cruzar las antecámaras llegaron sin dificultad alguna al cuarto de la enferma.

Esta que ya les esperaba, que había sentido el ruido de sus pisadas y que tenía fijos sus ojos en la puerta de entrada, quiso incorporarse para recibirlos, quiso tender los brazos hácia ellos con todo el afán de su alma, pero solo pudo dar un grito y caer sobre la almohada, sin fuerza y sin conocimiento.

¡Ay! que la pobre niña estaba muy enferma, más enferma de lo que todos llegaban á suponer, y no podía soportar una sensación cualquiera, ya fuese de alegría ó ya fuese de dolor.

Agustín lanzó un doloroso gemido al ver su palidez, al ver su semblante, y Lucía guiada por su instinto se precipitó sobre el lecho y estrechando á la niña en sus brazos pudo notar su estado de demacración, la extrema delgadez á que la habían reducido tantos días de enfermedad.

—Hija de mi alma! exclamó Agustín, hija mía; oh! vuelve en tí, somos nosotros; nosotros que tanto te amamos, nosotros que hemos venido á pie tantas leguas y con tal fatiga por verte, por estrecharte en nuestros brazos.

—Nina, Nina, ángel mio, decía Lucía cubriéndola de besos y de lágrimas, háblame, que yo oiga tu voz un instante, que te escuche pronunciar mi nombre y seré feliz, muy feliz, hija mía.

Esta tiernísima escena no tenía más testigo que una doncella que había quedado al cuidado de la enferma durante las horas que esta iba á pasar con su pobre familia.

Clara, voluntaria enfermera de su prima, se había retirado de aquel sitio por orden expresa que recibiera de su tío.

Sin embargo, detrás de una cortina que cubría una de las puertas de la estancia, había un hombre escuchando y viendo cuanto pasaba allí.

Este hombre era el marqués.

¡Ay! en el afán con que amaba á su nieta, quería presenciar su entrevista con su otro padre, y ver si en sus palabras, si en sus ademanes leía más cariño, más ternura que la que manifestaba de continuo á él.

Quería, sobre todo, saber si Nina demostraba deseos de abandonarlo, de dejar el palacio en que debía ser la señora: de separarse de su lado y volver á su aldea.

Esto le hubiera traspasado el corazón.

Y por eso observaba en silencio ocultándose de todos, y no queriendo que nadie sospechase siquiera aquella muestra de debilidad.

Al cabo de algunos instantes, la enferma recobró la voz y el conocimiento, entre las caricias y los besos apasionados que aquellos dos seres la prodigaban.

Una sonrisa dulcísima entreabrió sus pálidos labios, besó la mano de Agustín, tocó su frente en el seno de Lucía, y dijo con su voz débil, pero dulcísima y amorosa:

—Ay! por fin os vuelvo á ver! ¡cuanto he soñado con este instante!

—¡Bendita seas, hija mía, bendita seas por no habernos olvidado! exclamó el viejo Agustín, enjugando á la par una lágrima.

—Si, bendita seas, añadió Lucía, por haber pensado en nosotros, y por no desdenar nuestro cariño en medio de cuanto te rodea.

—Olvidaros! murmuró la niña con una expresión de candoroso asombro; olvidaros yo! y era eso posible? puede olvidar el pajarillo errante el nido que le dió asilo? puede olvidar la flor el valle que le dió vida? pueden ¡ay! las hijas olvidarse de los padres de su alma? Si ellos pueden, yo nó; yo os he tenido siempre presentes, ora en mis momentos de alegría, ora cuando he pensado que iba á morir.

—Morir tu, hija mía, exclamó la ciega con angustia, ¿lo has ereído alguna vez? ¡tan mala has estado según eso!

—Si, muy mala, mucho, Lucía, mi buena Lucía. Si vieras! he tenido miedo, mucho miedo! es tan horrible ver brotar la sangre de nuestros labios! parece que con ella se nos escapa la vida! Luego la fiebre, las visiones del delirio, la opresión del alma, qué se yo! pero he pasado instantes terribles de mie-

do y angustia; y luego yo no me atrevia á decir nada de esto: callaba, callaba y esperaba en Dios.

—Que no te atrevas á decirlo, murmuró Agustín conmovido; pues el señor marqués...? tu otro padre....

—Es el más bueno de los hombres, el más noble y más generoso: me ama con extremo y yo daría mi vida por él; pero hacia tan poco tiempo que le conocía, temía tanto importunarle!

—Oh! pues ya estamos aquí, á tu lado, dijo Lucía cuya emocion, apenas la permitía hablar: ya estamos aquí y no te dejaremos más: es verdad, padre, que ya no nos separaremos de ella, de nuestra niña querida, de nuestra vida y nuestro amor?

Agustín nada respondió

El padre Antonio manifestó en su semblante una ligera inquietud.

Sabía que el marqués consentía que estuviesen allí muy poco tiempo, y no encontraba modo de manifestar selo á ninguno.

—Comprendo toda la alegría que sentís con estar reunidos; dijo, pero, hijos, no todo lo que se quiere se puede hacer tan fácilmente. Vosotros además necesitáis descansar, necesitáis alguna libertad para...

—Oh! no, padre mío, estamos bien donde ella está. ¿Qué más descanso que verla, que saber que está contenta? dijo Lucía estrechándose contra el lecho que ocupaba Nina.

Agustín nada dijo, pero miró al padre Antonio con una espresion indescriptible.

Quizá en su interior adivinaba las ideas que se agitaban en la mente del buen sacerdote.

—No, no, repitió á ciega: yo no me separaré de aquí. ¿Es verdad, hija mía, que tu deseas esto también?

Nina iba á contestar pero una seña del sacerdote detuvo la palabra en sus labios.

Interrogóle con la mirada y el ministro de Dios bajó la suya con un ademán resignado.

La jóven todo lo adivinó.

—¿Nada respondes? preguntó Lucía con afán.

—Yo, tartamudeó la niña con voz débil, yo... Si el padre Antonio lo quiere...

Lucía soltó la mano de Nina que tenía cojida entre las suyas, y murmuró muy bajo, pero con profundo pesar.

—Tiene razón: nosotros somos muy pobres para estar en esta casa; debe avergonzarse de vernos aquí!

Una lágrima lenta y silenciosa rodó por las blancas mejillas de Nina y sus ojos se alzaron al cielo con una espresion de dolorosa amargura.

El padre Antonio se inclinó para besar su frente y la niña le preguntó casi al oído:

—No permite que se queden aquí, es verdad?

—No, hija mía: déjalos partir que mañana podrán volver.

Nina no se había engañado, pero nada podía decir.

—Ya es tarde, murmuró Agustín sombríamente, ya es tarde y debemos marchar: nuestra visita añadió marcando la frase, nuestra visita ha sido demasiado larga y puede fatigar á Nina.

—Oh! á mí? no Dios mío.

—Lo ve V. padre? ella dice....

—Vamos, vamos, dijo el padre Antonio queriendo cortar aquella escena y librar á la pobre enferma de la penosa situación en que se hallaba, venid conmigo; yo os buscaré alojamiento por esta noche, y mañana Dios nos inspirará lo que debemos hacer.

La ciega besó con frenesí á la jóven: el anciano Agustín la estrechó entre sus brazos muy conmovido pero cada vez más ceñudo, y ambos, guiados por el sacerdote salieron de aquella estancia donde quedaba toda su vida.

Nina les vió alejarse con profundo sentimiento.

Su corazón se hizo pedazos al separarse de ellos y de buen grado hubiera abandonado aquella casa y el porvenir que en ella se la ofrecía por recobrar la libertad de sus primeros años, por volver á su aldea y consagrar su vida á aquellos seres desheredados y sin fortuna.

Les amaba tanto! estaba tan connaturalizada con ellos!

Oh! ¿que la importaba el lujo que la rodeaba, la riqueza, la posición que se la ofrecía si se violentaban sus sentimientos si se oprimía su corazón?

Y Lucía y Agustín acaso habían llegado á creer que los tenía en poco, que los posponía á sus nuevos parientes. Y la infeliz no se había atrevido á destruir aquella creencia, á deshacer aquel error

Oh! temía, y con razón, avivar el odio que separaba á aquellos dos hombres que tenían por igual derecho á su respeto y á su amor, temía arrojar la tea de una nueva discordia entre sus abuelos, y exasperar los rencores que hacia tantos años se agitaban en sus senos.

Ella hubiera dado su sangre toda y su vida entera por unirlos, por verlos abrirse los brazos y olvidar antiguos agravios, y por eso había callado, por eso había dejado que se alejasen, dudando quizá de su amor!

Lágrimas de fuego brotaron de sus hermosos ojos y ocultando su pálido rostro entre las ropas de su lecho ahogó sus jemidos y se entregó á su profundo pesar.

Nina había nacido para ser desgraciada y la infeliz tenía que sufrir su destino, ya bajo el humilde techo de la pobre choza de su aldea, ya en los dorados salones del palacio de sus mayores.

Cuando Clara entró, pasado algún tiempo, la en

contró ya tranquila, pero más pálida y mas triste que la había dejado antes.

—Que tienes, hermana mia? le dijo con su habitual dulzura; no eres feliz? no estás contenta con la visita que has recibido?

—Oh! sí, le contestó Nina con voz débil: si supieras cuanto me aman! si supieras hasta qué punto les amo yo!

—Entonces no comprendo la espresion de desaliento y de tristeza que se pinta en tu semblante. ¿No anhelabas tanto el abrazarlos?

—Ay! Clara mia, tu lo sabes todo! tu conoces el pasado tambien como yo, y como yo comprendes el abismo que separa á esos ancianos á quien amo con igual ternura, y que estoy colocada en medio de ese abismo impotente y sin fuerza para sostenerme y no caer.

La señorita de Montemar inclinó la frente no hallando una sola palabra que contestar á aquellas razones.

Por la tarde Nina estaba peor.

Su decaimiento era mayor y su abatimiento mas profundo.

El mal que la consumia hacia rápidos progresos, y la fiebre que la devoraba era cada vez mas intensa.

Albareda lo declaró así, temiendo una crisis que aumentara el peligro é hiciera inútiles sus esfuerzos.

—Oh! dijo el sábio jóven, á Clara que le escuchaba con pesar. Recuerde V. la situacion en que puso á esta niña la emocion que le causó ver el retrato de su padre; si aquel accidente se repitiera...

—Dios mio! murmuró Clara alarmada. Oh! que no la vuelva yo á ver así! me causa horror el pensarlo.

—Es lo más fácil, es lo que temo á cada momento, contestó el doctor.

—Y si esto sucediera...?

—Solo un milagro de Dios podia salvarla, y los médicos por desgracia no conocemos la ciencia de hacer milagros.

El padre Antonio volvió aquella noche.

A él no se le habia limitado el permiso de entrar allí.

Se acercó al lecho de Nina y pudo notar los progresos del mal que la postraba.

Oh! el buen sacerdote sintió desgarrada el alma al verla en aquel estado.

Sin embargo, se esforzó por animarla, por devolver la paz á su espíritu contristado.

(Continuará)

Enriqueta Lozano de Vilchez

CORRESPONDENCIA.

Cozolla. Señora doña R. M., recibidos los 6 rs. y 1 damos las gracias por su interés.

Barcelona. Señora doña J. C. de P., recibidos los 40 rs., le agradecemos su eficacia.

Baquito. Señor don D. G., recibidos los 12 rs., pero como despachamos la correspondencia por su orden, aun no habia salido la de V.

Espinama. Señora doña V. D., servida la nueva suscripcion y le agradecemos su interés.

Igollo. Señor don C. de la T., recibidas las 12 pesetas y anotadas segun indica, remitidos á su sobrina los números que desea.

Velez Rubio. Señor don R. G., recibí los 28 rs., deja pagado hasta fin de junio del 80.

Tornos. Señora doña F. M., anotados los 24 rs. que envia.

Tequiso. Señor don J. M., quedan recibidos los 24 rs.

Villafranca. Señor don J. F., recibidas las 7 pesetas! le damos gracias por su bondad.

Valjunquera. Señora doña J. T., anotados los 28 rs. sin duda se cruzaron las cartas en el camino.

Villanueva de Castellon. Señor don H. M., la carta á que alude no ha llegado á nuestro poder.

Garachico. Señor don T. G., en nuestro poder los 20 rs. de don N. L., Ya habrá V. recibido la contestacion á las suyas.

Torroz. Señora doña R. de A., servida la nueva suscripcion. Le damos gracias por su bondad.

Realejo de abajo. Señor don F. R., recibida la letra y suspendidas dos de las suscripciones. El no haber recibido el aviso es porque llevamos la correspondencia algo atrasada.

Pozuel. Señor don M. L., recibidos las 14 rs. Estamos conformes con lo que V. dice.

Tarifa. Señora doña R. G., en nuestro poder los 20 rs.: á mi pesar no puedo mandarle la entrega que pide de la Guirnalda porque se ha concluido la edicion.

Olivenza. Señora doña C. B., recibidos los 16 rs. que remite.

Idem. Señora doña E. de T., anotados los 24 rs. Sentimos lo muerte de su hermana, la cual, y, respondiendo á su pregunta le diremos que debe 16 rs. en esta administracion.

Santiago de Calatrava. Señor don F. P., recibidos los 14 rs.

Idem. Sres. don M. M. y don J. S., idem los 16 rs.

Sesa. Señora doña J. R. de la P., con las 6 pesetas que su hermano envia deja pagado hasta fin del año 80, que es el que recibe, ya procuraremos que lleguen á su poder todos los números.

San Sebastian. Señora doña L. B., anotados los 16 rs. que envia.

(Continuará)

GRANADA.—Imprenta de «La Madre de Familia»

INTERESANTE.

Al terminar con el presente número el año sexto de «La Madre de Familia,» creo un imprescindible deber el dirijirme á los constantes suscritores que han favorecido con su cooperacion mi humilde Revista, tanto para darles gracias por la bondad con que han premiado mis desvelos, como para manifestarles la nueva forma con que voy á dar publicidad á mis modestos escritos.

Convencida hasta la evidencia de los mil inconvenientes que ofrece una publicacion periódica, entorpecida a cada paso por causas que la mejor voluntad no puede superar; y teniendo que dejar en cada número interrumpida la lectura de las obras mas interesantes, para alternar con otras de distinto género, he resuelto terminar el periódico para dedicarme esclusivamente á dar á luz la novela «Un Mar sin Puerto,» anunciada ya anticipadamente en las columnas del periódico. De este modo los señores suscritores podrán conservar mejor la obra, que en las páginas de un semanario que tan fácilmente se pierden ó se inutilizan. El adjunto prospecto dará á conocer las bases de la suscripcion, rogando solo á mis favorecedores, que me manifiesten si su deseo es seguir honrándome en esta nueva publicacion.

No me despido, pues, de ninguno, porque espero continuar comunicándome con ellos, enviándoles como hasta aquí los pensamientos de mi mente y los sentimientos de mi corazon, enaltecidos hoy por la mas pura y sincera gratitud.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Como verán nuestros suscritores por las anteriores líneas, la Señora Lozano de Vilchez sustituye *La Madre de Familia*, con la publicacion de la mejor quizá de sus obras.

Al empezar este nuevo trabajo, la administracion se vé en el caso de dirigirse otra vez á los señores que se hallen en descubierto en sus pagos, que son muchos, apesar de nuestras reiteradas escitaciones, suplicandoles hagan efectivas sus deudas á la mayor brevedad, pues no serviremos entrega ninguna hasta que hayan solventado sus débitos.

Adjunta remitimos la nota de lo que adendan, á los que están en este caso, y todos aquellos que no la reciban es porque están al corriente en el pago, y aprovechamos esta ocasion para darles las gracias.

Advertimos, para evitar toda duda, que las liquidaciones solo están hechas hasta el número 60.

Los señores que tienen alguna pequeña cantidad adelantada, y no quisieran ser suscritores á *UN MAR SIN PUERTO*, se servirán decírnoslo para devolvérsela inmediatamente, pues hoy, como en todas las publicaciones que hemos emprendido y terminado dignamente, queremos dejar probada la rectitud de nuestra conducta

El Administrador.

Suplicamos la lectura y circulacion del siguiente

Ayuntamiento de Madrid

PROSPECTO

UN MAR SIN PUERTO.

NOVELA ORIGINAL DE LA EMINENTE ESCRITORA CATÓLICA

Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.

Muchos años hace que la señora Lozano de Vilchez escribe para el público; muchos años hace que este le dispensa su favor, acogiendo sus trabajos con un justísimo entusiasmo.

Nunca como hoy, sin embargo, se ha hecho acreedora á esta preferencia, pues la novela que anunciamos es, á nuestro entender, la mas acabada y mejor de las que ha publicado hasta aquí.

El único deseo, el eterno afán de la señora Lozano de Vilchez desde que pudo sostener una pluma en la mano, ha sido, es, y será siempre, hacer con sus bellísimas obras, fácil, sencillo y hermoso el camino de la virtud, y practicable y suave la recta vía del deber.

Nuestra sociedad frívola é indolente, materialista y descreída, necesita hoy verdades supremas, ejemplos seguros, claridades inextinguibles que la iluminen y la aparten de la senda del error, por la cual se desliza sin conciencia de lo que hace.

Y será por ventura en esos libros que, por desgracia, y para mengra de sus autores, llevan la impiedad, la desmoralización y el libertinaje entre sus páginas, donde la juventud puede aprender á regenerarse? será quizá en esas obras que saben exaltar todas las ambiciones, destruir todas las creencias y avasallar todos los respetos humanos, donde podrá encontrar nuestro sencillo pueblo, consuelo para sus trabajos, dique para sus pasiones y conformidad para sus dolores?

No, y mil veces no!

Solo una voz amiga, firme, pero dulce á la par; severa, pero ingenua y llena de verdad, resonando constantemente en su oído, podrá obrar este prodigio y conseguir este resultado.

La voz del escritor digno y honrado ha de ser esa voz.

Su acento que, merced á la gran afición á la lectura que se á desarrollado por doquiera, puede penetrar en todas partes, desde el palacio á la cabaña, desde la boardilla al taller, es el que ha de inspirarle nobles ideas, levantados pensamientos, y amor al bien y á la virtud, manantial inagotable de felicidad y de paz.

Este es el deber de todo escritor que se tenga en algo, esta su misión; esta la luz que ha de guiarle, el ensamiento que le ha de inspirar, y esta es la idea que preside los escritos de la señora Lozano de Vil-

chez, y la nuestra al emprender esta publicación.

Para sintetizar el pensamiento que en ella domina, para demostrar su índole puramente moral y bienhechora, nos bastará copiar algunas frases que la misma señora Lozano de Vilchez usa en uno de sus artículos.

Quédese en buen hora para el hombre, dice, la solución de esos grandes problemas y de esas altas cuestiones políticas que salvan una nación ó que derriban un imperio. Yo las desconozco enteramente y jamás, por nada ni por nadie, me ocuparía de ellas.

Para la mujer solo hay una cuestión, un problema que resolver, el de caminar sin apartarse nunca de la senda del deber, y sembrar en el corazón de sus hijos la semilla imperecedera de la fe, de la virtud y de la honradez.

Ayudarlos con mis humildes consejos, sostenerlos con mis escasas fuerzas, compartir con ellos el cuidado y el amor á la infancia, es el objeto que me propongo en todos mis humildes escritos.

Alentado por este deseo, enviaré mis ideas y mis creencias á las madres todas; y uniéndome á ellas con los lazos de la simpatía y del alma, iré á decirles con seguro acento: Cultive el hombre la inteligencia de nuestros hijos, pero cultivemos nosotras su corazón: arrojemos el germen del bien en sus tiernos pechos, y él producirá hermosas flores, que embellezcan nuestra existencia y que fecunden con su poderosa savia el suelo de nuestra España.

En suma, la presente novela es una de las joyas mas preciadas de nuestra literatura patria, y tiene un mérito superior que la avalora mas á nuestros ojos: y es el de que en toda ella no hay un pensamiento, una frase, una letra solo, que no esté conforme con la mas rígida moral, y que el padre mas exigente puede ponerla en manos de sus hijos, diciéndoles sin temor de equivocarse: «Aquí no aprenderéis á ser sabios, pero podéis enseñaros á ser buenos; que vale mil veces mas.

Si el público la acoge con la misma bondad que ha dispensado á todas las obras de su autora, verá esta coronados sus afanes, y nosotros cumplido nuestro mas ardiente deseo.

J. Jimenez Guerra.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION. Se repartirá por entregas de 8 páginas, á cuartillo de real cada una, y saldrán ocho semanales.

Toda la obra constará de 20 repartos próximamente, cuidando de que estos se hagan con exacta regularidad, para que pueda estar terminada la novela en un plazo de cinco á seis meses.

Durante la publicación daremos de regalo á los señores suscritores 20 preciosas láminas.

A los señores que deseen se les siga remitiendo la novela, pueden dar el aviso en esta Administración. Darse del Campillo 15, Granada, á nombre de la autora, suplicando lo hagan á la mayor brevedad para arreglar la tirada al número de abonados.